

Tres días de retiro con la hermana Teresa Maya.

H. Javier Marquín

La hermana Teresa Maya pertenece a la congregación de las Hermanas de la Caridad del Verbo Encarnado. Ha trabajado como maestra y profesora de Historia. Ha sido directora de varios colegios e instituciones en México y en Estados Unidos, y ha servido a su congregación como superiora general durante ocho años.

La experiencia de vida religiosa compartida por la hermana Teresa ha venido a mostrar que los grandes retos de los institutos religiosos traspasan mentalidades y fronteras. El primero de estos grandes retos es estar atentos, poner atención. Los signos de los tiempos son tan atronadores que es difícil no darse cuenta de que el mundo está cambiando y que debemos buscar formas de apostolado que se adapten a los nuevos tiempos.

La tarea principal de este capítulo general es poner atención a lo que está sucediendo en nuestro entorno. Es preciso verbalizar, poner nombre al momento en que estamos viviendo. Para ello, se requiere un intenso trabajo de escucha, en un plano de igualdad, en una mesa redonda, en un círculo de santidad, con los demás hermanos y colaboradores, los alumnos, los padres, y toda la sociedad en la que servimos.

Necesitamos, sobre todo, un discernimiento comunitario. Discernir viene de cernir: filtrar, separar, cribar. Pasar por el cedazo, por la criba, nuestras propuestas y experiencias, una y otra vez, una y otra vez, para llegar, no a un consenso, sino a una visión de la realidad que pueda servirnos en el presente y en el futuro al servicio del Evangelio. El reto del capítulo es encontrar la melodía que sobresale por encima de las tonalidades de cada uno. El capítulo se sitúa en la estela sinodal que está viviendo la iglesia y asume la misma tarea: interpretar la realidad del presente y extender su visión carismática a todas las comunidades del Instituto.

Por último, hay que tener presente que el carisma solo sucede cuando responde a necesidades humanas críticas, como fue el caso del Padre Coindre. Hoy han cambiado las necesidades humanas y tenemos que preguntarnos si también ha cambiado nuestra respuesta.

Ante la tentación de acobardarse en las dificultades, hay que tener presente que Dios nos necesita así como estamos ahora: somos menos, más débiles, más viejos, pero somos suficientes para lo que Dios quiere de nosotros